

Garcilaso de la Vega

POESIA ESCOGIDA

PROLOGO, SELECCION Y NOTAS

DE

NORBERTO PINILLA

Editorial Manuel Barros Borgoño
SANTIAGO

Garcilaso de la Vega

POESIA ESCOGIDA

PROLOGO, SELECCION Y NOTAS

DE

NORBERTO PINILLA

Editorial Manuel Barros Borgoño

Avenida República 44

SANTIAGO

1939

PUBLICACIONES ANTOLOGICAS

por NORBERTO PINILLA

JOTABECHE: *Artículos de Costumbre*, Ed. Antera, Valparaíso, 1935.

RAMÓN DE CAMPOAMOR: *Antología Poética*, Ed. Zig-Zag, Santiago, 1937.

FEDERICO GARCÍA LORCA: *Antología Poética*, Ed. Zig-Zag, Santiago, 1937.

GIBRAN JALIL GIBRAN: *Poemas Escogidos*, Ed. Nascimento, Santiago, 1938.

LUIS DE GÓNGORA: *Poesía Escogida*, Ed. Manuel Barros Borgoño, Santiago, 1939.

PROXIMAMENTE

FR. LUIS DE LEÓN: *Poesía Escogida*.

PROLOGO

Garcilaso de la Vega vivió entre 1503 y 1536. Nació en Toledo y cuando aun era sólo un adolescente, pasó a formar parte de la guardia del rey y emperador Carlos V. Su educación literaria fué cuidada. Conocía el francés, el italiano, el latín y el griego. A pesar de ser poeta de nacimiento y vocación, su vida fué la de un militar. En el valiente cumplimiento de su función guerrera, lo sorprendió la muerte terca a temprana edad.

Garcilaso es el gran poeta de la Escuela Italiana. Juan Boscán, su entrañable amigo, recibió de Andrés Navagero, embajador veneciano y humanista de mérito, la insinuación de probar «en lengua castellana sonetos y otras artes « de trovas usadas por los buenos autores de Italia; y no « solamente me lo dixo—dice Boscán en su Carta a la « duquesa de Soma—así livianamente, más aún, me rogó « que lo hiciere. Partíme pocos días después para mi casa; « y con la largueza y soledad del camino, discurriendo « por diversas cosas, fuí a dar muchas veces en lo que el « Navagero me había dicho; y así comencé a tentar este « género de verso. En el qual, al principio, hallé alguna

« dificultad por ser muy artificioso y tener muchas particularidades diferentes del nuestro. Pero, después, pareciéndome quizá por el amor de las cosas propias, que esto comenzaba a sucederme bien, fuí paso paso metiéndome con calor en ello. Mas esto no bastara a hacerme pasar muy adelante, si Garcilaso, con su juicio, el qual no solamente en mi opinión, mas en la de todo el mundo, ha sido tenido por regla cierta, no me confirmara en esta mi demanda. Y así alabándome muchas veces este mi propósito, y acabándomele de aprobar con su exemplo, porque quiso él también llevar este camino, al cabo me hizo ocupar mis ratos ociosos en esto más particularmente».

Resulta curiosísimo que haya sido la amable insinuación de un diplomático extranjero, la que desempeñara tan importante papel en la lírica y métrica españolas. Tanto puede un diplomático que no sólo cumple su misión oficial, sino que observa la realidad literaria. Porque la Escuela Italiana representa una renovación en la sensibilidad y en la modalidad poéticas de esa centuria.

Sin embargo, esta renovación tuvo en Cristóbal de Castillejo (1490-1550) un simbólico más que real enemigo. El castellanismo de Castillejo es la revelación de una mentalidad nacionalista agresiva y, por lo mismo, poco valiosa en su significado estético.

Conviene recordar que los modos poéticos italianos, no eran del todo nuevos en las letras castellanas. En los tiempos de Santillana fueron introducidos, aunque con poca fortuna. Además, conviene advertir que los españoles de esa época, esto es, contemporáneos de Santillana, no

distinguieron con precisión la diferencia entre los versos de arte mayor, o sea el dodecasílabo con el endecasílabo. Fué preciso que Garcilaso le diese la gracia de su ingenio para que el verso de once sílabas se libertara de la servidumbre a que estuvo antes sometido.

El mencionado verso fué puesto al servicio de la índole de la poética de la lengua por Garcilaso. En tal amplitud versicular, el autor puso alma idiomática y emoción estética. De la Vega es a la par poeta renacentista, vale decir, europeo de su tiempo, y castellano, de castellanía toledana.

Su querido y cantado río Tajo, gracias al donaire de su estro, se puebla de ninfas mitológicas, que provocan EL DULCE LAMENTAR DE DOS PASTORES. Pero este dúo pastoril, no es sino el desdoblamiento psico-estético de la personalidad del poeta, en arranque de superlativo dolor.

La amable melancolía del autor se adentra en el corazón amante de lo bello poético, y lo arrastra con invencible poder hacia los cauces de lo lírico, con los invisibles hilos de la emoción.

La obra de Garcilaso es reducida: tres églogas, dos elegías, una epístola, cinco canciones, treinta y ocho sonetos y ocho canciones en versos castellanos. A los 33 años de edad rara vez se tiene una obra numerosa. Pero, aunque breve, su labor ha pasado a través de los siglos con el signo supremo que da el talento superior al arte legítimo.

El fruto literario emociona; pero, asimismo, emociona la amistad que tuvieron él y Juan Boscán (1490-1542). El barcelonés, BOSCÁ, no escatima su elogio por el poeta, como se ve en la cita que hago en esta página. El juicio de Garcilaso está en la ELEGÍA SEGUNDA y en la EPÍSTOLA,

le dice: «Entre muy grandes bienes que consigo—la amistad perfecta nos concede» . . .

Garcilaso pertenece a la familia de los poetas que se llaman Dante, Petrarca, Bernardo Tasso, Auzias March, Camoens. Aunque sea menor su formato lírico, ha pasado a la inmortalidad, con esa inmortalidad a la vez tan apetecida y tan frágil que da la historia a los valores humanos.

Con las líneas anteriores no pretendo haber trazado un juicio crítico de Garcilaso ni de su Escuela. Son sólo un perfil explicativo que debe ser ampliado.

El texto de la presente «antología» está tomado íntegramente de la edición de Tomás Navarro Tomás. En la Bibliografía van los detalles correspondientes.

NORBERTO PINILLA.

Santiago—Liceo de Aplicación de Hombres—Mayo—1939.

BIBLIOGRAFIA

- MANUEL ALTOLAGUIRRE: *Garcilaso de la Vega*, Espasa-Calpe, Madrid, 1933.
- AZORÍN: *Al margen de los clásicos*, P. de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1915, pp. 51-60.
- AZORÍN: *Lecturas españolas*, Caro Raggio, Madrid, 1920, pp. 75-83.
- AZORÍN: *Los dos Luises y otros ensayos*, Caro Raggio, Madrid, 1921, pp. 135-143.
- ARTURO CAPDEVILA: *Gay saber*, Biblioteca de Humanidades, La Plata, 1937, pp. 77-81.
- GARCILASO: *Obras*, La Lectura, Madrid, 1924. (Edición, introducción y notas de T. Navarro Tomás).
- M. HERRERO-GARCÍA: *Estimaciones literarias del siglo XVII*, Voluntad, Madrid, 1930, pp. 61-105.
- MANUEL DE MONTOLÍU: *Literatura castellana*, Cervantes, Barcelona, 1929, pp. 232-239.
- ANGEL VALBUENA PRAT: *Historia de la literatura española*, Gili, Barcelona, 1937, t. I, pp. 435-463.

EGLOGA PRIMERA

A don Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, Virrey de Nápoles

EL dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso, (1)
he de contar, sus quejas imitando;
cuyas ovejas al cantar sabroso
estaban muy atentas, los amores,
de pacer olvidadas, escuchando.
Tú, que ganaste obrando
un nombre en todo el mundo,
y un grado sin segundo,
agora estés atento, sólo y dado
al ínclito gobierno del Estado,
Albano; agora vuelto a la otra parte, (2)
resplandeciente, armado,
representando en tierra el fiero Marte;
agora de cuidados enojosos
y de negocios libre, por ventura
andes a caza, el monte fatigando
en ardienté jinete, que apresura
el curso tras los ciervos temerosos,

que en vano su morir va dilatando;
espera, que en tornando
a ser restituído
al ocio ya perdido,
luego verás ejercitar mi pluma
por la infinita innumerable suma
de tus virtudes y famosas obras;
antes que se consuma,
faltando a ti, que a todo el mundo sobras. (3)

En tanto que este tiempo que adivino
viene a sacarme de la deuda un día,
que se debe a tu fama y a tu gloria;
que es deuda general, no sólo mía,
mas de cualquier ingenio peregrino
que celebra lo dino de memoria;
el árbol de vitoria
que ciñe estrechamente
tu gloriosa frente
dé lugar a la hiedra que se planta
debajo de tu sombra, y se levanta
poco a poco, arrimada a tus loores;
y en cuanto esto se canta,
escucha tú el cantar de mis pastores. (4)

Saliendo de las ondas encendido,
rayaba de los montes el altura (5)
el sol, cuando Salicio, recostado
al pie de un alta haya, en la verdura,
por donde un agua clara con sonido
atravesaba el fresco y verde prado;
él, con canto acordado

al rumor que sonaba,
del agua que pasaba,
se quejaba tan dulce y blandamente
como si no estuviera de allí ausente
la que de su dolor culpa tenía;
y así, como presente,
razonando con ella, le decía.

SALICIO

¡Oh más dura que el mármol a mis quejas,
y al encendido fuego en que me quemo
más helada que nieve, Galatea!
Estoy muriendo, y aun la vida temo;
témola con razón, pues tú me dejas;
que no hay, sin ti, el vivir para qué sea.
Vergüenza he que me vea
ninguno en tal estado,
de ti desamparado,
y de mí mismo yo me corro agora. (6)
¿De un alma te desdeñas ser señora,
donde siempre moraste, no pudiendo
della salir un hora?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
El sol tiende los rayos de su lumbre
por montes y por valles, despertando
las aves y animales y la gente:
cuál por el aire claro va volando,
cuál por el verde valle o alta cumbre
paciendo va segura y libremente,

cuál con el sol presente
va de nuevo al oficio,
y al usado ejercicio
do su natura o menester le inclina:
siempre está en llanto esta ánima mezquina,
cuando la sombra el mundo va cubriendo
o la luz se avecina.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¡Y tú, desta mi vida ya olvidada,
sin mostrar un pequeño sentimiento
de que por ti Salicio triste muera,
dejas llevar, desconocida, al viento
el amor y la fe que ser guardada
eternamente sólo a mí debiera?

¡Oh Dios! ¡Por qué siquiera,
pues ves desde tu altura
esta falsa perjura

causar la muerte de un estrecho amigo,
no recibe del cielo algún castigo?

Si en pago del amor yo estoy muriendo,
¿qué hará el enemigo?

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por ti el silencio de la selva umbrosa,
por ti la esquividad y apartamiento
del solitario monte me agradaba;
por ti la verde yerba, el fresco viento,
el blanco lirio y colorada rosa
y dulce primavera deseaba.

¡Ay, cuánto me'engañaba!

¡Ay, cuán diferente era

y cuán de otra manera
lo que en tu falso pecho se escondía!
Bien claro con su voz me lo decía
la siniestra corneja repitiendo (7)
la desventura mía.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¡Cuántas veces, durmiendo en la floresta,
reputándolo yo por desvarío,
vi mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
llevaba, por pasar allí la siesta,
a beber en el Tajo mi ganado;
y después de llegado,
sin saber de cuál arte,
por desusada parte
y por nuevo camino el agua se iba;
ardiendo ya con la calor estiva,
el curso, enajenado, iba siguiendo
del agua fugitiva.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena? (8)

Tus claros ojos ¿a quién los volviste? (9)

¿Por quién tan sin respeto me trocaste?

Tu quebrantada fe ¿dó la pusiste?

¿Cuál es el cuello que, como cadena,
de tus hermosos brazos anudaste?

No hay corazón que baste,

aunque fuese de piedra,

viendo mi amada hiedra, (10)

de mí arrancada, en otro muro asida,

y mi parra en otro olmo entretejida,
que no esté con llanto deshaciendo
hasta acabar la vida.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Qué no se esperará de aquí adelante,
por difícil que sea y por incierto?

O ¿qué discordia no será juntada?

Y juntamente ¿qué tendrá por cierto,
o qué de hoy más no temerá el amante,

siendo a todo materia por ti dada?

Cuando tú enajenada (11)

de mi cuidado fuiste,

notable causa diste

y ejemplo a todos cuantos cubre el cielo,

que el más seguro tema con recelo

perder lo que estuviere poseyendo.

Salid fuera sin duelo,

salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Materia diste al mundo de esperanza

de alcanzar lo imposible y no pensado,

y de hacer juntar lo diferente, (12)

dando a quien diste el corazón malvado,

quitándolo de mí con tal mudanza,
que siempre sonará de gente en gente.

La cordera paciente

con el lobo hambriento

hará su ayuntamiento,

y con las simples aves sin ruido

harán las bravas sierpes ya su nido;

que mayor diferencia comprendo

de ti al que has escogido.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Siempre de nueva leche en el verano
y en el invierno abundo en mi majada;
la manteca y el queso está sobrado;
de mi cantar, pues, yo te vi agradada,
tanto, que no pudiera el mantuano
Títiro ser de ti más alabado. (13)

No soy, pues, bien mirado,
tan disforme ni feo;

que aun agora me veo

en esta agua que corre clara y pura,

y cierto no trocara mi figura

con ese que de mí se está riendo;

¡trocara mi ventura!

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Cómo te vine en tanto menosprecio?

¿Cómo te fuí tan presto aborrecible?

¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?

Si no tuvieras condición terrible,

siempre fuera tenido de ti en precio,

y no viera de ti este apartamiento.

¿No sabes que sin cuento

buscan en el estío

mis ovejas el frío

de la sierra de Cuenca, y el gobierno (14)

del abrigado Estremo en el invierno? (15)

Mas ¡qué vale el tener, si derritiendo

me estoy en llanto eterno!

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Con mi llorar las piedras enternecen
su natural dureza y la quebrantan;
los árboles parece que se inclinan;
las aves que me escuchan, cuando cantan,
con diferente voz se condolecen,
y mi morir cantando me adivinan.
Las fieras que reclinan
su cuerpo fatigado,
dejan el sosegado
sueño por escuchar mi llanto triste.
Tú sola contra mí te endureciste,
los ojos aun siquiera no volviendo
a lo que tú heciste.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Más ya que a socorrer aquí no vienes,
no dejes el lugar que tanto amaste,
que bien podrás venir de mí segura.
Yo dejaré el lugar do me dejaste;
ven, si por sólo esto te detienes.
Ves aquí un prado lleno de verdura,
ves aquí una espesura,
ves aquí un agua clara,
en otro tiempo cara,
a quien de ti con lágrimas me quejo.
Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
al que todo mi bien quitarme puede;
que pues el bien le dejo,
no es mucho que el lugar también le quede.—

Aquí dió fin a su cantar Salicio,
y suspirando en el postrero acento,

soltó de llanto una profunda vena.
Queriendo el monte al grave sentimiento
de aquel dolor en algo ser propicio,
con la pesada voz retumba y suena.
La blanca Filomena,
casi como dolida
y a compasión movida,
dulcemente responde al són lloroso.
Lo que cantó tras esto Nemoroso
decidlo vos, Piérides; que tanto (16)
no puedo yo ni oso,
que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
árboles que os estáis mirando en ellas,
verde prado de fresca sombra lleno,
aves que aquí sembráis vuestras querellas,
hiedra que por los árboles caminas,
torciendo el paso por su verde seno;
yo me vi tan ajeno
del grave mal que siento,
que de puro contento
con vuestra soledad me recreaba,
donde con dulce sueño reposaba,
o con el pensamiento discurría
por donde no hallaba
sino memorias llenas de alegría.

Y en este mismo valle, donde agora
me entristezco y me canso, en el reposo
estuve ya contento y descansado.

¡Oh bien caduco, vano y presuroso!
Acuérdome durmiendo aquí algún hora,
que despertando, a Elisa vi a mi lado.

¡Oh miserable hado!

¡Oh tela delicada,
antes de tiempo dada
a los agudos filos de la muerte!

Más conveniente suerte
a los cansados años de mi vida,
que es más que el hierro fuerte,
pues no la ha quebrantado tu partida.

¿Dó están agora aquellos claros ojos
que llevaban tras sí, como colgada,
mi alma doquier que ellos se volvían?

¿Dó está la blanca mano delicada,
llena de vécimientos y despojos
que de mí mis sentidos le ofrecían?

Los cabellos que vían
con gran desprecio el oro,
como a menor tesoro,

¿adónde están? ¿Adónde el blanco pecho?

¿Dó la coluna que el dorado techo (17)
con presunción graciosa sostenía?

Aquesto todo agora ya se encierra,
por desventura mía,
en la fría, desierta y dura tierra.

¿Quién me dijera, Elisa, vida mía, (18)
cuando en aqueste valle al fresco viento
andábamos cogiendo tiernas flores,
que había de ver con largo apartamiento
venir el triste y solitario día
que diese amargo fin a mis amores?
El cielo en mis dolores
cargó la mano tanto,
que a sempiterno llanto
y a triste soledad me ha condenado;
y lo que siento más es verme atado
a la pesada vida y enojosa,
solo, desamparado,
ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.

Después que nos dejaste, nunca paxe
en hartura el ganado ya, ni acude
el campo al labrador con mano llena.
No hay bien que en mal no se convierta y mude:
la mala hierba al trigo ahoga, y nace
en lugar suyo la infelice avena;
la tierra, que de buena
gana nos producía
flores con que solía
quitar en sólo vellas mil enojos,
produce agora en cambio estos abrojos,
ya de rigor de espinas intratable;
yo hago con mis ojos
crecer, lloviendo, el fruto miserable.

Como al partir del sol la sombra crece,
y en cayendo su rayo se levanta

la negra escuridad que el mundo cubre,
de do viene el temor que nos espanta,
y la medrosa forma en que se ofrece
aquello que la noche nos encubre, (19)
hasta que el sol descubre
su luz pura y hermosa;
tal es la tenebrosa
noche de tu partir, en que he quedado
de sombra y de temor atormentado,
hasta que muerte el tiempo determine
que a ver el deseado
sol de tu clara vista me encamine.

Cual suele el ruiseñor con triste canto
quejarse, entre las hojas escondido,
del duro labrador, que cautamente
le despojó su caro y dulce nido
de los tiernos hijuelos, entre tanto
que del amado ramo estaba ausentè,
y aquel dolor que siente
con diferencia tanta
por la dulce garganta
despide, y a su canto el aire suena,
y la callada noche no refrena
su lamentable oficio y sus querellas,
trayendo de su pena
al cielo por testigo y las estrellas;
desta manera suelto ya la rienda
a mi dolor, y así me quejo en vano
de la dureza de la muerte airada.
Ella en mi corazón metió la mano,

y de allí me llevó mi dulce prenda;
que aquél era su nido y su morada.
¡Ay muerte arrebatada!
Por ti me estoy quejando
al cielo y enojando
con importuno llanto al mundo todo:
el desigual dolor no sufre modo.
No me podrán quitar el dolorido
sentir, si ya del todo
primero nõ me quitan el sentido.

Tengo una parte aquí de tus cabellos,
Elisa, envueltos en un blanco paño,
que nunca de mi seno se me apartan;
descójolos, y de un dolor tamaño
enternecerme siento, que sobre ellos
nunca mis ojos de llorar se hartan.
Sin que de allí se partan,
con suspiros calientes,
más que la llama ardientes,
los enjugo del llanto, y de consuno
casi los paso y cuento uno a uno;
juntándolos, con un cordón los ato.
Tras esto el importuno
dolor me deja descansar un rato.

Mas luego a la memoria se me ofrece
aquella noche tenebrosa, oscura,
que tanto aflige esta ánima mesquina
con la memoria de mi desventura.
Verte presente agora me parece
en aquel duro trance de Lucina,

y aquella voz divina,
con cuyo son y acentos
a los airados vientos
pudieras amansar, que agora es muda,
me parece que oigo que a la cruda,
inesorable diosa demandabas
en aquel paso ayuda;
y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas?

¿Ibate tanto en perseguir las fieras?
¿Ibate tanto en un pastor dormido?
¿Cosa pudo bastar a tal crudeza,
que, conmovida a compasión, oído
a los votos y lágrimas no dieras
por no ver hecha tierra tal belleza,
o no ver la tristeza
en que tu Nemoroso
queda, que su reposo
era seguir tu oficio, persiguiendo
las fieras por los montes, y ofreciendo
a tus sagradas aras los despojos?
¿Y tú, ingrata, riendo,
dejas morir mi bien ante los ojos?

Divina Elisa, pues agora el cielo
con inmortales pies pisas y mides,
y su mudanza ves, estando queda,
¿por qué de mí te olvidas y no pides
que se apresure el tiempo en que este velo
rompa del cuerpo, y verme libre pueda,
y en la tercera rueda (20)
contigo mano a mano

busquemos otro llano,
busquemos otros montes y otros ríos,
otros valles floridos y sombríos,
donde descanse y siempre pueda verte
ante los ojos míos,
sin miedo y sobresalto de perderte?—

Nunca pusieran fin al triste lloro
los pastores, ni fueran acabadas
las canciones que sólo el monte oía
si mirando las nubes coloradas,
al tramontar del sol bordadas de oro,
no vieran que era ya pasado el día.
La sombra se veía
venir corriendo apriesa
ya por la falda espesa
del altísimo monte, y recordando
ambos como de sueño, y acabando
el fugitivo sol, de luz escaso,
su ganado llevando,
se fueron recogiendo paso a paso.

CANCION CUARTA

EL aspereza de mis males quiero (21)
que se muestre también en mis razones,
como ya en los efetos se ha mostrado.
Lloraré de mi mal las ocasiones,
sabrà el mundo la causa porque muero,
y moriré a lo menos confesado.

Pues soy por los cabellos arrastrado
de un tan desatinado pensamiento,
que por las agudas peñas peligrosas,
por matas espinosas,
corre con ligereza más que el viento,
bañando de mi sangre la carrera;
y para más despacio atormentarme,
llévame alguna vez por entre flores,
a do de mis tormentos y dolores,
descanso, y dellos vengo a no acordarme;
mas él a más descanso no me espera;
antes, como me ve desta manera,
con un nuevo furor y desatino
torna a seguir el áspero camino.

No vine por mis pies a tantos daños;
fuerzas de mi destino me trajeron.
Mi razón y juicio bien creyeron
guardarme, como en los pasados años
de otros graves peligros me guardaron;
mas cuando los pasados compararon
con los que venir vieron, no sabían
lo que hacer de sí ni dó meterse;
que luego empezó a verse
la fuerza y el rigor con que venían.
Mas de pura vergüenza costreñida,
Con tardo paso y corazón medroso
al fin ya mi razón salió al camino.
Cuanto era el enemigo más vecino,

tanto más el recelo temeroso
le mostraba el peligro de su vida.
Pensar en el temor de ser vencida,
la sangre alguna vez le calentaba,
mas el mismo temor se la enfriaba.

Estaba yo a mirar, y peleando
en mi defensa mi razón estaba
cansada, y en mil partes ya herida;
y sin ver yo quién dentro me incitaba
ni saber cómo, estaba deseando
que allí quedase mi razón vencida.
Nunca en todo el proceso de mi vida
cosa se me cumplió que desease
tan presto como aquesta; que a la hora
se rindió la señora,
y al siervo consistió que gobernase
usase de la ley del vencimiento.
Entonces yo sentime salteado
de una vergüenza libre y generosa;
corrime gravemente que una cosa
tan sin razón hubiese así pasado.
Luego siguió el dolor al corrimiento
de ver mi reino en mano de quien cuento
que me da vida y muerte cada día,
y es la más moderada tiranía.

Los ojos, cuya lumbre bien pudiera
tornar clara la noche tenebrosa,
y escurecer al sol a mediodía,
me convirtieron luego en otra cosa.

En volviéndose a mí la vez primera
con el calor del rayo que salía
de su vista, que en mí se difundía,
y de mis ojos la abundante vena
de lágrimas, al sol se me inflamaba,
no menos ayudaba
a hacer mi natura en todo ajena
de lo que era primero. Corromperse
sentí el sosiego y libertad pasada,
y el mal de que muriendo estó, engendrarse,
y en tierras sus raíces ahondarse
tanto cuanto su cima levantada
sobre cualquier altura hace verse.
El fruto que de aquí suele cogerse,
mil es amargo, alguna vez sabroso;
más mortífero siempre y ponzoñoso.

De mí agora huyendo, voy buscando
a quien huye de mí como enemiga;
que al un error añado el otro yerro,
y en medio del trabajo y la fatiga
estoy cantando yo, y está sonando
de mis atados pies el grave hierro;
mas poco dura el canto si me encierro
acá dentro de mí, porque allí veo
un campo lleno de desconfianza.
Muéstrame la esperanza
de lejos su vestido y su meneo;
mas ver su rostro nunca me consiente.

Torno a llorar mis daños, porque entiendo
que es un crudo linaje de tormento,
para matar aquel que está sediento,
mostralle el agua por que está muriendo;
de la cual el cuitado juntamente
la claridad contempla, el ruido siente;
mas cuando llega ya para bebellá,
gran espacio se halla lejos della. (22)

De los cabellos de oro fué tejida
la red que fabricó mi sentimiento,
do mi razón revuelta y enredada
con gran vergüenza suya y corrimiento,
sujeta al apetito y sometida,
en público adulterio fué tomada,
del cielo y de la tierra contemplada.
Mas ya no es tiempo de mirar yo en esto,
pues no tengo con qué considerallo,
y en tal punto me hallo,
que estoy sin armas en el campo puesto,
y el paso ya cerrado y la huída.
¿Quién no se espantará de lo que digo?
que es cierto que he venido a tal extremo,
que del grave dolor que huyo y temo,
me hallo algunas veces tan amigo,
que en medio dél, si vuelvo a ver la vida
de libertad, la juzgo por perdida,
y maldigo las horas y momentos
gastados mal en libres pensamientos.

No reina siempre aquesta fantasía,
que en imaginación tan variable
no se reposa un hora el pensamiento.
Viene con un rigor tan intratable
a tiempos el dolor, que el alma mía
desampara, huyendo, el sufrimiento,
lo que dura la fuerza del tormento.
No hay parte en mí que no se me trastorne
y que en torno de mí no esté llorando,
de nuevo protestando
que de la vía espantosa atrás me torne.
Esto ya por razón no va fundado,
ni le dan parte dello a mi juicio,
que este discurso todo ya es perdido;
mas es en tanto daño del sentido
este dolor, y tanto perjuicio,
que todo lo sensible atormentado,
del bien, si alguno tuvo, ya olvidado
está de todo punto, y sólo siente
la furia y el rigor del mal presente.

En medio de la fuerza del tormento
una sombra de bien se me presenta,
do el fiero ardor un poco se mitiga.
Figúraseme cierto a mí que sienta
alguna parte de lo que yo siento
aquella tan amada mi enemiga.
Es tan incomportable la fatiga,
que si con algo yo no me engañase
para poder llevalla, moriría;

y así, me acabaría
sin que de mí en el mundo se hablase.
Así que, del estado más perdido
saco algún bien; mas luego en mí la suerte
trueca y revuelve el orden; que algún hora,
si el mal acaso un poco en mí mejora,
aquel descanso luego se convierte
en un temor que me ha puesto en olvido
aquella por quien sola me he perdido.
Así, del bien que un rato satisface,
nace el dolor que el alma me deshace.

Canción, si quien te viere se espantare
de la inestabilidad y ligereza
y revuelta del vago pensamiento,
estable, grave y firme es el tormento
le di, que es causa, cuya fortaleza
es tal, que cualquier parte que tocare,
le hará revolver hasta que pare
en aquel fin de lo terrible y fuerte,
que todo el mundo afirma que es la muerte.

SONETOS

X

¡OH dulces prendas, por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería! (23)
Juntas estáis en la memoria mía,
y con ella en mi muerte conjuradas.

¿Quién me dijera, cuando en las pasadas horas en tanto bien por vos me vía, que me habíades de ser en algún día con tan grave dolor representadas?

Pues en un hora junto me llevastes todo el bien que por términos de distes, llevadme junto el mal que me dejastes.

Si no, sospecharé que me pusistes en tantos bienes, porque deseastes verme morir entre memorias tristes.

XXIII

EN tanto que de rosa y azucena se muestra la color en vuestro gesto, y que vuestro mirar ardiente, honesto, enciende al corazón y lo refrena; y en tanto que el cabello, que en la vena del oro se escogió, con vuelo presto, por el hermoso cuello blanco, enhiesto, el viento mueve, esparce y desordena; coged de vuestra alegre primavera el dulce fruto, antes que el tiempo airado cubra de nieve la hermosa cumbre.

Marchitará la rosa el viento helado, todo lo mudará la edad ligera, por no hacer mudanza en su costumbre. (24)

NOTAS

(1) Salicio y Nemoroso, nombres supuestos del poeta. Este doblamiento es sólo recurso literario, para introducir el diálogo en la égloga.

(2) Albano, denominación que el autor da a D. Pedro de Toledo, por pertenecer a la casa de Alba.

(3) Sobras, en este caso, significa *superas*.

(4) Aquí termina la dedicatoria. Esta égloga debió ser escrita en Nápoles hacia 1534.

(5) El altura. En tiempos del poeta era lícita esta construcción. Hoy se admite *el* con femenino, tan sólo cuando la *a* que sigue es acentuada: *el agua, el alma*, etc.

(6) Me corro. Correrse en el sentido de avergonzarse, se usa sólo en el lenguaje hablado popular de Chile. No lo he visto jamás empleado en el idioma literario. El autor usa este verbo en varias formas conjugadas y en el sustantivo corrimiento.

(7) La siniestra corneja. La superstición en los agujeros de las aves es antigua. Véase la tirada 2 del *Poema de Mío Cid*, Ed. R. Menéndez P., La Lectura, Madrid, 1929.

(8) El empleo de *cúyo*, interrogativo, ha desaparecido del español. A. Bello lo reputa inaceptable. (V. *Gramática*, Roger, París, 1921, § 336 a).

(9) Endecasílabo dactílico, esto es, con acento en la cuarta sílaba y en la séptima. Esta forma acentual italiana se ha usado poco en español. V. P. Henríquez U.: *La versificación irregular en la poesía castellana*, p. 70. (Ed. Rev. de Fil. Esp., Madrid, 1933). J. Vicuña C. dice: «Este es un verso hasta cierto punto casual»... *Estudios de métrica española*, p. 126. (Ed. Nascimento, Santiago, Chile, 1929).

(10) La hiedra simboliza la humildad y el afecto. Confróntese este sentido en la dedicatoria de la presente égloga.

(11) Enajenada, apartada, retirada.

(12) Es preciso leer: *Y-de-ha-cer* para que resulte cabal el endecasílabo. En los siglos XV y XVI la *h* era consonante aspirada.

(13) Títilo, divinidad campestre de la corte de Baco. Los bucólicos usaron este nombre como sinónimo de pastor. *El mantuano Títilo o el cisne de Mantua* es Virgilio.

(14) Gobierno, sustento.

(15) Extremo es la Extremadura.

(16) Píerides, nombre que se da a veces a las musas.

(17) T. Navarro Tomás dice: «Evolución tardía del cultismo columna. El grupo de consonantes *mn* dió ñ, como es sabido, en su primera evolución: *damnu*, daño; *somnu*, sueño». p. 17 (V. Bibliografía).

(18) Elisa, doña Isabel Freyre.

(19) He puesto *aquello* en vez de *aquella*, forma que recomienda T. Navarro T., pero que él no pone, sino en nota. V. p. 20 de su Ed.

(20) La tercera rueda, es el cielo de la diosa del amor, Venus.

(21) El estado de conciencia del poeta, en esta canción, es el de una lucha entre la razón y el deseo.

(22) Alusión al suplicio de Tántalo.

(23) Este nostálgico suspiro del poeta es de origen virgiliano. En el canto IV de la *Eneida*, Dido se queja de la partida de Eneas. Egidio Poblete E. traduce así:

«¡Oh prendas que tan dulces y queridas
fuisteis al corazón, mientras los hados
y los dioses benignos lo quisieron»...

(V. Ed. Universo, Valparaíso, 1937, p. 128).

(24) El epicureísmo de este soneto tiene valor de tópico. Viene del poeta latino Ausonio. Ha sido repetido y parafraseado por muchos escritores. Vale la pena citar, como ejemplo, a un chileno, Julio Vicuña Cifuentes, en su poema *La noche verde*. Más datos en mi libro *Cinco Poetas*, pp. 52-54. (Ed. M. Barros B., Santiago, Chile, 1937).

INDICE

Prólogo.....	3
Bibliografía.....	7
Egloga Primera.....	8
Canción Cuarta.....	22
Sonetos	
X.....	28
XXIII.....	29
Notas.....	30